

## ***Reflexión final***

He considerado, en las páginas que anteceden, las principales objeciones –no todas– que ponen a los católicos los miembros de algunas confesiones protestantes y en especial los de algunas sectas (Testigos de Jehová, Adventistas del Séptimo Día, etc.).

Este libro tiene como destinatarios directos, a los fieles católicos que no saben responder a dichas objeciones o quedan sumidos en la confusión al escuchar lo que, muchas veces, constituyen demoledoras críticas a nuestra fe. Indirectamente, se dirige también a quienes ponen las objeciones. Estoy convencido (es decir, me han convencido de ello quienes más experiencia tienen en el tema, en particular los convertidos del protestantismo), que un gran número de protestantes que sienten profundo rechazo por las enseñanzas del catolicismo, combaten un fantasma, achacándole a la Iglesia católica afirmaciones y doctrinas que Ella jamás ha sostenido, e incluso doctrinas que ella misma ha condenado en solemnes pronunciamientos (como es el caso de la adoración de las imágenes, del falso culto a los santos, de una mediación no subordinada de María, etc.). Espero que a alguno le sirvan de aclaración los párrafos aquí escritos.

He tratado de evitar, en lo posible, el tono polémico al tratar los distintos temas (más aún lo que pueda sonar a burla o desprecio); probablemente no siempre lo haya logrado. No ha sido mi intención herir, ni mucho menos. Pienso que la mayoría de los cristianos no católicos, son sinceros y pertenecen de buena fe a sus respectivas denominaciones. Inevitablemente, muchos de los temas tratados son materia de controversia, y al tener que responder a objeciones expresadas a veces en términos muy duros (como se habrá visto en las que he citado), me puede

haber llevado a situarme en el mismo nivel de forma no premeditada. Que no se tome a mal.

La constante referencia a la “*Referencia Introductoria*” a cada punto (recordando que no se acepte discutir con los protestantes que no quieran o no sean capaces de probar que la Biblia es Palabra de Dios con sus principios), no tiene intenciones ofensivas sino metodológicas: si se acepta un error al principio, no hay forma de evitar groseros desaciertos después. Y me consta que los protestantes no siempre quieren entrar en este terreno, pues hacen agua en él. He tenido el caso de una persona que me enviaba constantemente artículos contra el Papa, la Iglesia católica, etc. (largos, repetitivos, llenos de citas bíblicas, etc.). Un día decidí escribirle lo siguiente:

*“Estimado:*

*En atención a responder a sus cuestiones y observaciones de modo adecuado, necesito que primero usted me aclare dos cosas:*

*(a) ¿Cree usted firmemente en el principio protestante de que sólo y únicamente la Biblia es fuente de fe?*

*(b) ¿Cree usted firmemente en el principio protestante de la libre interpretación de la Escritura (= Biblia), es decir, que el Espíritu Santo inspira a cada persona que lee la Biblia, sin otro magisterio auténtico externo?*

*Le ruego responderme sintéticamente con un SÍ, o un NO. Gracias”.*

Al día siguiente recibí respuesta con dos enormes artículos: uno sobre la fe y otro sobre el canon. Volví a dirigirme a él diciéndole: “*Estimado: Yo sólo le pedí un Sí o un No a mis dos preguntas. Usted no me los dio. Si no es capaz de responder a ellas de ese modo, lo comprendo*”. Un día más tarde volví a recibir contestación; esta vez el texto

era el siguiente: “¿Por qué sólo un Sí o un No?”. Nada más; o sea, no respondió. Le repliqué del modo que yo pensaba definitivo: “*No se preocupe; todos los protestantes tienen el mismo problema que usted*”. (También podría haberle dicho que pedía un sí o un no, porque Jesús enseña: *Vuestro lenguaje sea Sí, Sí, No, No. Todo lo que pasa de aquí viene del Maligno: Mt 5,34*).

No acabó allí la novela, pues volví a recibir correspondencia de este individuo diciéndome: “*Le voy a complacer con las respuestas ‘sí’ y ‘no’, solamente que lo haré de manera implícita*”. Y a continuación *ino respondía* según prometía sino que, por toda contestación a la primera pregunta, me transcribía el texto de Romanos 10,14-17, y para la segunda el de 2Pedro 3,14-18! Esto consideraba él “implícito” (¿por qué no podía responder explícitamente?).

Ante esto, mi aclaración última (última por decisión mía, ya que es inútil llevar al infinito este tipo de diálogo de sordos) fue tajante: “*Le repito que no se preocupe. Entiendo los motivos por los que usted no puede dar una respuesta sincera; y lo lamento por usted. Pero sea honesto y no vuelva a enviar comentarios y críticas cuando usted no quiere ser sincero conmigo*”. Como este tipo de personas nunca dejan la última palabra al prójimo, no tardó en llegar carta (a la que ya no contesté) presentándose con el corazón roto por mi actitud y volviendo a enviarme los dos textos arriba mencionados y pidiéndome ique no rechazara la Palabra de Dios... *pero sin responder con un Sí o un No a mis cuestiones!* ¡Tampoco le había pedido yo una confesión de sus pecados o un tratado teológico como para esquivar tanto una sencilla... *pero comprometedora* respuesta!

He citado este intercambio epistolar porque lo considero representativo. Mi interlocutor había entendido bien el problema. Si respondía que *no aceptaba* los dos principios, entonces o bien tenía que aceptar un magisterio externo (como enseña la Iglesia católica) o rechazar la Biblia (como

hace el no cristiano). Pero si respondía que *sí los aceptaba*, corría el riesgo de que mi respuesta fuera parecida a la siguiente:

*“Si usted acepta estos principios, entonces le ruego que los respete y sea consecuente con ellos, limitándose a enviarme una Biblia sin interpretaciones –por tanto en las lenguas originales en que fue escrito cada libro– permitiéndome que yo me arregle –como usted mismo hace– con el Espíritu Santo: cada uno por su cuenta, sin hacerse usted maestro mío indicándome cómo debo entender o interpretar la Biblia. ¿O estos principios valen para usted y no valen para mí?”.*

¡Pero este tipo de protestantes no se arriesga a esto! Ellos quieren “sola Scriptura” y “libre y personal interpretación” para ellos, pero al mismo tiempo quieren ser ellos magisterio e interpretación auténtica de la Biblia para los demás.

Quisiera también aclarar en estas reflexiones finales, que la auténtica apologética exige por parte de los católicos una profunda obra de renovación personal. Los protestantes, desde los tiempos de Lutero, han puesto énfasis en los malos ejemplos de vida cristiana de muchos católicos; el mismo Lutero hizo fuerza en sus argumentos al vulgo de los presuntos abusos del clero romano. Y motivos tenía, aunque en todas partes se cuecen habas, y lo mismo que criticó en los demás se vio pronto entre sus filas y allegados, a veces de modo mucho más grosero.

Pero no es ésta la dirección correcta. Habrá trigo y cizaña mezclados en el campo del Señor hasta que Él vuelva para hacer la final y última separación. A los protestantes y sectarios, debemos invitarlos a que observen a nuestros santos (los reconocidos como tales por la Iglesia); si no quieren honrarlos llevados por sus prejuicios al culto de los santos, que al menos los observen como a un católico

“modelo” de lo que la Iglesia pide para sus hijos; así verán que la única diferencia entre el Evangelio –que ellos como cristianos leen y aman– y la vida de los hombres y mujeres que la Iglesia canoniza, es la que va de una partitura musical a su interpretación, como decía aquel gran maestro que fue Francisco de Sales. Los demás católicos, por más próximos y vecinos que sean, no tienen sello de garantía para representar a la Iglesia. Si tienen algo que criticar al “camino católico de vida”, debe ser realizado sobre el modelo en el que la Iglesia reconoce la impronta de la fidelidad a sus principios. Por idénticos motivos, no he querido usar en este libro de crítica alguna –salvo alguna pasajera alusión exigida por las circunstancias– a defectos personales o mala voluntad de algún crítico, o faltas de coherencia en la vida particular de los cristianos no católicos (entre los que he conocido personas virtuosas, honestas, piadosas... y también mediocres e incluso cargadas de vicios y pecados... como ocurre en todo fenómeno humano); he preferido que la discusión se mantuviese en el plano de los principios.

Para más información y compras, dirigirse a  
***“Ediciones del Verbo Encarnado”***

El Chañaral 2699 – CC 376  
(5600) San Rafael – Mendoza  
Argentina

Tel: +54 (0)02627 – 430451  
E-mail: [ediciones@iveargentina.org](mailto:ediciones@iveargentina.org)  
<http://www.edicionesive.org.ar>  
<http://www.iveargentina.org>